

Cómo nace una vida

La vi inmóvil entre los guardias cerca del cadalso donde el boticario iba a ser ejecutado. Era un saco de piel y huesos, sus ojos dos témpanos calcinantes, desafiantes y dignos. Su maraña de pelo se agitaba con la brisa que atravesaba la plaza y traía de lejos el olor a sal, y de cerca el olor a miedo.

El boticario se la encontró una noche medio muerta hacía doce años. Después de resucitarla, la acogió como a una hija. Tras la ejecución, aquella infeliz vendría a vivir con nosotros al orfanato.

Los pasos del reo sonaron huecos sobre los escalones de madera. Subió a la plataforma, las manos atadas y la mirada tranquila.

La voz del concejal resonaba a oleadas:

"... múltiples delitos... no seguir directrices para tratar la peste, negándose a dispensar mercurio..."

La niña de los ojos no se movía. Sus hombros habían perdido algo de fuerza. Fuerza que parecía concentrarse en sus puños apretados de nudillos blancos.

"... negación de que la peste sea causada por gases volcánicos... rebeldía pública y continuada..."

No era habitual que estos procesos acabaran de manera tan drástica. Pero el boticario se había mantenido firme, incluso con la soga al cuello. Pocos lo comprendían.

El concejal terminó de leer y se sentó entre el alcalde y el representante real. El verdugo desabrochó el manto de los hombros del boticario y lo dejó caer. Le cubrió la cabeza, le ajustó la soga, y dos segundos más tarde, con un crujido, la caída le partió el cuello.

La cabeza de la chiquilla se desmoronó y sus hombros lloraron.

De repente, un revuelo, gritos, un mordisco y una patada en la espinilla. La niña escapaba por la callejuela. Había tomado el manto caído de los hombros del boticario. Me sorprendió un pajarillo en mi estómago que volaba por primera vez.

Habían pasado ya varias horas desde la ejecución. Los niños del orfanato jugábamos en el campo cuando las campanas repicaron siete veces. Corrimos hacia el pueblo. Llegar tarde implicaba irse a dormir hambriento y dolorido.

Yo sabía que llegaría a tiempo, y detuve mi carrera cuando ya nadie me veía. Tras un giro en el camino, me vi frente a la casa del boticario. Una verja de hierro cubierta de

follaje ligero dejaba entrever una sencilla construcción de piedra. Sus contraventanas eran de un azul claro que se mezclaba con la enredadera que la cubría.

Con la poca claridad de la incipiente noche vi moverse una sombra más oscura que las demás. Cuando se giró vi la luna en sus ojos y el manto sobre sus hombros.

Mi tripa se preparó para correr y gritar, cuando una mano incorpórea cayó sobre mi hombro. Era pálida y luminosa. Vi un rostro sereno y enigmático que miraba más allá de la casa y el jardín, y que ya sabía que yo no iba a dar la voz de alarma.

"Recuerda cada detalle de este momento, llévalo contigo el día que te presentes ante tu Creador, será lo más importante que tengas para presentarle. Cada uno hacemos lo que podemos, ella seguirá la labor de su padre, ya la has visto con el manto. No digas nada, no se lo menciones a nadie. Puede que se asusten. Tú y yo ya no tenemos miedo, pero ellos sí."

Llegué al orfanato con poco margen. Subí con el resto de los niños a mi habitación. Como ellos, aquella noche me acosté aturdido y lleno de secretos. Pero yo no me dormí. Mis ojos refulgían en la oscuridad, fríos e incandescentes.

Por supuesto, nunca dije una palabra.